
El secreto del desarrollo

GUSTAVO ESTEVA

La de los ochenta no fue, para México, la década perdida para el desarrollo. Fue la década en que el desarrollo se perdió para siempre. Para fortuna nuestra. Gracias a la llamada crisis, muchos de nosotros logramos librarnos de ese mito maligno.

El fin de la ilusión

Desde finales del siglo pasado, la palabra *desarrollo* perdió todo significado concreto (Arndt, 1978). Se hizo equivalente a un gruñido gutural o a un algoritmo, cuyo significado depende del contexto en que se emplea. Aludía al despertar de la mente de un niño, a la explosión de los pechos de una quinceañera, a la parte media de una partida de ajedrez o a la secuencia lógica del pensamiento. Todo era desarrollo. Todo y nada. Una palabra sin significado alguno.

Eso era hasta el 20 de enero de 1949, cuando el Presidente Truman modificó radicalmente la *connotación* de la palabra al acuñar políticamente la palabra *subdesarrollo*. En esa fecha, el día de su toma de posesión, Truman lanzó, en el mismo discurso, dos campañas mundiales que permitieran hacer notar y valer la flamante hegemonía

norteamericana. Sus campañas tomaron la forma de dos feroces declaraciones de guerra: una desató la guerra fría, contra la Unión Soviética; otra se emprendió contra los pueblos del Sur, en nombre del subdesarrollo. No fueron sino dos caras de la misma moneda —dos caras bélicas, militantes, armadas hasta los dientes.

Quiero subrayar que el subdesarrollo no existía antes de 1949. Se nos subdesarrolló, de un día para otro, a dos mil millones de personas. Nuestros dirigentes, capitalistas o socialistas, de izquierda o de derecha, guerrilleros revolucionarios o dictadores reaccionarios, todos cayeron en la trampa del desarrollo. Nehru, el dirigente socialista de la India, se opuso abiertamente a las doctrinas de Gandhi y desoyó sus advertencias, para convertirse en el principal aliado de Truman en la campaña por la promoción del desarrollo. Stalin encontró la campaña inmensamente atractiva: permitía imponer a los pueblos, en su órbita, lo que Truman imponía en la suya.

Las teorías sobre el desarrollo y el subdesarrollo se sucedieron sin interrupción desde entonces, lo mismo que las estrategias y políticas basadas en ellas. En medio de intensas disputas académicas, ideológicas y políticas sobre medios y fines del desarrollo, ciertos elementos de la doctrina se demostraron invariables —elementos que son, precisamente, los que nos permiten ahora, a algunos de nosotros, sostener que hemos dejado atrás la era del desarrollo.

GUSTAVO ESTEVA. Profesor-investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Autor de libros y diversos artículos sobre el desarrollo.

La ilusión del desarrollo: el espejismo de que es posible alcanzar a los desarrollados

Lo que atrapó la fantasía mundial, a partir de Truman, fue un ideal de justicia y prosperidad. Truman postuló que se contaba ya con medios técnicos suficientes para que los pueblos que llamó subdesarrollados pudieran en un plazo razonable vivir como los desarrollados. No sólo dejarían atrás el hambre, la incertidumbre, la privación, sino que empezarían a disfrutar del *American way of life*. Leontief divulgó los primeros cálculos al respecto y se nos dijo que países como Brasil o México llegarían en no más de 20 o 25 años a ser "desarrollados". Se postuló que no terminaría el siglo sin que la bendición del desarrollo hubiera alcanzado hasta el último rincón del planeta.

Esa ilusión ha muerto. En vez de cerrarse, como se prometió, la brecha entre uno y otro tipo de países se ha estado abriendo constantemente y la tendencia es que aumente cada vez más. En 1960 los países industriales eran 20 veces más ricos que los "subdesarrollados"; en 1980 lo eran 42 veces más. En vez de avanzarse hacia la equiparación, como se propuso, se ha profundizado la injusticia. En vez de prosperidad, hay más hambre y miseria que nunca. Ninguna contorsión intelectual o técnica, para exaltar los méritos o beneficios del experimento, puede ocultar esos hechos. Los cálculos del "avance" se siguen haciendo, pero hoy resultan tan ridículos como impertinentes. El último de ellos, elaborado por el Banco Mundial, muestra que, de acuerdo con las tendencias observadas, un país como Mauritania tardará 3 224 años en lograr el desarrollo. Es decir: nunca. Eso es lo que sabemos ahora. No hay engaño posible. *Nunca seremos como los desarrollados*. Era un cuento, una ilusión, un engaño, una zanahoria puesta ante nosotros para mantenernos en la carrera por un camino que no era el nuestro y agregaba insulto al daño.

Muchos pensamos ahora que, lejos de provocar frustración, la clara conciencia que hemos adquirido sobre algo que siempre sospechamos es una gran noticia. Si el desarrollo hubiera sido factible, estaríamos ante una espantosa catástrofe ecológica y cultural. Si en el Sur se hubiera llegado a emplear tanta energía por persona como la que se consume en el Norte o se contaminara la atmósfera al mismo ritmo o en la misma proporción —cosas todas ellas

inherentes al desarrollo—, habría ya reventado la capa de ozono, la vida en el planeta se habría hecho imposible, el calentamiento global nos tendría a todos en un horno, y en el camino habríamos destruido por completo notables culturas y formas muy interesantes de vida.

Afortunadamente, el desarrollo no resultó factible. La ilusión al respecto, la ilusión de alcanzar a los desarrollados, está muerta, bien muerta. Aún no se le entierra y del cadáver insepulto siguen brotando todo género de pestes. El vacío teórico e ideológico de nuestras élites, todas ellas educadas para el desarrollo, las arrincona en la necesidad de seguir enarbolando los hilachos que aún quedan de la bandera desarrollista. Pero nadie puede ya creerse en serio la promesa de Truman.

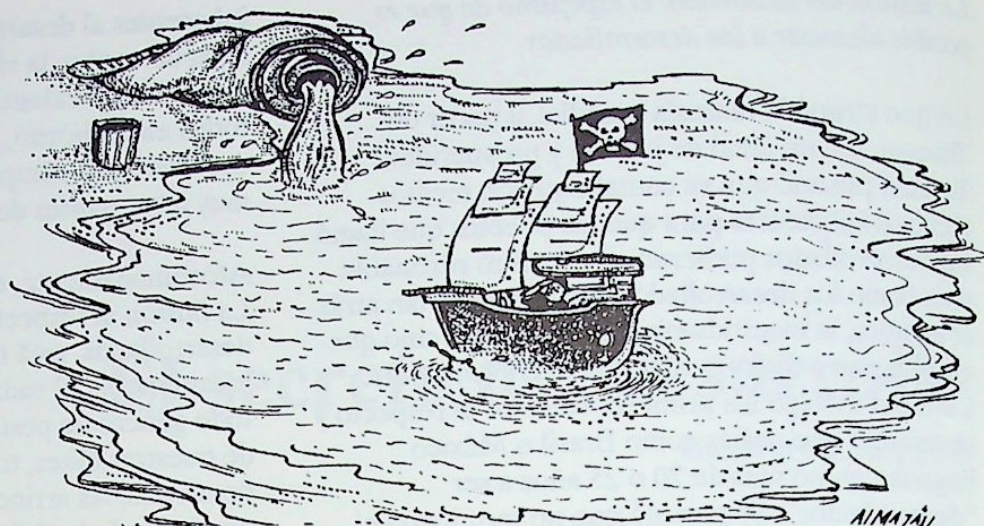
La ilusión del subdesarrollo: el espejismo de que el subdesarrollo existe y que es una condición que caracteriza realmente a las mayorías sociales del planeta

Por varias décadas, cuatro de cada cinco personas de la Tierra fuimos colocados en una condición vaga, indefinible e indigna, que implica haber llegado tarde a la carrera, estar en una vía de un sólo sentido en que somos los perdedores, quedar supeditados al consejo siempre cambiante de quienes ya han llegado a una meta que se supone nuestra. Pensarnos subdesarrollados implicó renunciar a nuestros propios sueños, a nuestras esperanzas, lo mismo que a nuestras tradiciones, experiencias y conocimientos. Nuestras habilidades se convirtieron en carencias, nuestros modos de vida en obstáculos. Nuestra iniciativa se paralizó. Y el desarrollo quedó firmemente protegido por un tabú. Desde la izquierda o la derecha, los académicos y los políticos unieron sus esfuerzos para respaldar la propuesta política de que el sufrimiento de la mayoría pobre es el precio inevitable que debe pagar por su propio bien último. Por varias generaciones, el desarrollo fue una meta sagrada e inviolable. Se erigió en el ídolo común de todo género de sectas, opuestas entre sí en cuanto a los medios por emplear (casi siempre incompatibles). . . para el logro de las mismas metas.

Esa es la ilusión que se derrumbó. En el curso de la llamada "década perdida para el desarrollo" fue finalmente posible ver, oler y tocar la corrupción de

la política y la degradación de la naturaleza que estaban implícitas en el desarrollo. Un nuevo establecimiento de expertos documentó la conexión causal entre la pérdida de entorno y la pérdida de solidaridad, que hasta entonces sólo daban por sentada los más pobres. Todo esto creó mejores condiciones para oponerse firmemente a la sabiduría convencional. Así fuese con timidez y titubeos, la gente comenzó a reconocer el desarrollo mismo como el mito maligno cuya persecución amenaza la vida de la mayoría de la gente en la Tierra.

La llamada crisis, en los años ochenta, puso a las mayorías sociales, a los llamados pobres, ante una situación paradójica: les planteó nuevas pérdidas y hostigamientos, y al mismo tiempo representó una oportunidad excepcional de mejoramiento. Los campesinos y los marginales urbanos vieron cómo quedaban en completo desorden los dispositivos sociales y los arreglos institucionales contruidos durante los 30 años anteriores para estimular el desarrollo. Observaron que las clases medias, la prueba viviente de la supuesta factibilidad del desarrollo, estaban perdiendo casi todo lo que consideraban sus avances: al terminar la década, por ejemplo, los ingresos reales de 8 de cada 10 asalariados se encontraban ya, en México, a los niveles de 1934 —un retroceso de medio siglo. Mucha gente en los márgenes fue desposeída de sus entornos tradicionales y de las sobras que usualmente obtenían de los desarrollistas y compartieron, con las clases medias, el sentimiento de frustración, rabia e impotencia, que empezó a aparecer por todas partes. Al mismo tiempo, muchos de ellos renovaron su decisión de resistir, examinaron lo que aún les quedaba, a pesar del desarrollo, y empezaron a abandonar sus peligrosas ilusiones. La suerte de algunos de ellos, que mejoraban a ojos vistas a medida que la crisis se profundizaba, les dio buenos motivos de reflexión. Y así percibieron en la parálisis del desarrollo, por encima de sus daños y turbulencias, una oportunidad de regeneración. Nada les quedaba ya sino sus



propios caminos. Los modernizadores todavía pretendían “desarrollarlos” —hasta que desaparecieran— pero sus presupuestos para llevar a la práctica esa amenaza eran cada vez más limitados. Al escapar de los sueños de otros, la gente común empezó a recobrar la dignidad de confiar en su propio olfato de nuevo y así quedaron mejor capacitados para lidiar con sus predicamentos cotidianos. Una nueva agenda política comenzó a tejerse en los pueblos, en los barrios, en las comunidades de base. La gente de los márgenes confía ahora que sus hijos y los hijos de sus hijos no habrán de seguir, durante los próximos 500 años, la ruta que sus ancestros fueron obligados a tomar durante los pasados 500 años.

La redefinición de la buena vida

Se impone en el mundo entero, día tras día, la monocultura global del desarrollo. Al mismo tiempo, día tras día, mucha gente trata de afirmar sus propios modos de vida. Vuelven a hacerlo, incluso, quienes habían perdido ya toda esperanza de salvaguardar sus maneras de vivir. Al reivindicar respeto a la autonomía de sus nuevos ámbitos de comunidad, muchas gentes están intentando, ante todo, regenerar la noción de la *buena vida*, rescatándola de su degeneración en el discurso del desarrollo y percibiéndola de nuevo como una expresión cultural, viva y cambiante, de una comunidad bien enraizada en su tradición y su suelo. En cada espacio cultural, histórico, la gente fue

siempre capaz de generar su propia noción de una buena vida, a la luz de sus contextos específicos y dadas sus restricciones concretas. La lucha actual intenta recuperar esa continuidad histórica.

Esta posición no debe confundirse con la búsqueda contemporánea, ahora de moda, de “estilos de vida alternativos”. Tampoco puede contenerse en el enfoque que busca controles políticos que limiten y modifiquen ciertos aspectos de los estilos de vida prevalecientes en las sociedades del Norte, en la tradición de “simplicidad” que se forjó desde que apareció la idea de los “límites del crecimiento”. Se trata, más bien, de una búsqueda novedosa de libertad, justicia y pluralismo radical, que parte del supuesto de la relatividad cultural (Panikkar, 1982, 1984, 1990) y reivindica, para los pueblos que constituyen las mayorías del planeta, lo que se les ha negado por 500 años: *camino autónomos para lograr que sus estilos de vida únicos, localmente enraizados, puedan florecer y perdurar.*

Los académicos, los gobiernos e incluso los grupos “alternativos” siguen buscando alternativas *de* desarrollo, en vez de alternativas *al* desarrollo. Las críticas al desarrollo, cada vez más agudas, documentadas y abundantes, están siendo procesadas y refuncionalizadas, tanto en los foros oficiales como en los alternativos, para *reducirlas* a la crítica de ciertos modelos o estilos de desarrollo, no al desarrollo mismo. Muchos gobiernos y desarrollistas están usando envolturas de “desarrollo alternativo” como desodorantes que disimulen la peste del desarrollo, ante el desprestigio de los emblemas que se inventaron para ocultarla durante los últimos 20 años: desarrollo social, integral, endógeno, verde, holista, sostenible, humano...

Ha llegado el momento de decir *no* al desarrollo

No se trata de optar por uno u otro modelo de desarrollo y oponerse a los demás. No es cuestión de hacer

correcciones marginales en el camino actual. Lo que ahora debemos desafiar es la idea misma del desarrollo: la adopción de un emblema universal para la transformación social de muy diversos modos de vida, que expropia la dignidad de la gente, su confianza en sí misma, sus sueños propios, y debilita sus capacidades y destrezas. Hace 20 años parecía aún posible dar al desarrollo nuevo significado y sentido, redefiniéndolo en todas sus implicaciones —en su genealogía tanto como en sus consecuencias. Ahora es demasiado tarde. El emblema resulta por completo inepto para configurar esperanzas propias y emprender caminos autónomos, puesto que comprende, para cuatro de cada cinco personas en la Tierra, la noción de ser *subdesarrollados*, la percepción de uno mismo como alguien-que-todavía-no-es-pero-será y que por ende necesita la guía y el consejo de los que *ya son*.

Decir “no” al desarrollo conlleva un empeño de *arraigamiento* y *localización* que entra claramente en contradicción con tendencias actuales asociadas con la *globalización* de la lógica económica. En las nuevas circunstancias del mundo y en nombre de “valores universales” e “intereses mundiales”, los gobiernos están promoviendo activamente emblemas que concentren los pensamientos y las acciones de todos en un “enfoque global” y realizan campañas —como la de la deuda— encaminadas a establecer las instituciones y políticas correspondientes. Aprovechando la aceptación acrítica de la idea de la “aldea global”, propalada





por los medios, se diseminan ahora lemas como el de “un solo mundo o ningún mundo”, “nuestro destino común” y, desde los alternativos, “piensa globalmente, actúa localmente”.

Es preciso resistir con vigor esa propuesta. Prominentes pensadores y críticos sociales nos han aportado ya los argumentos y las razones para hacerlo. Wendell Berry nos advirtió contra los “pensadores globales”, a quienes considera muy peligrosos. “En realidad —dice— el pensamiento global no es posible”:

Aquellos que han “pensado globalmente” (y entre ellos los más exitosos han sido gobiernos imperialistas y corporaciones multinacionales) lo han hecho por medio de simplificaciones extremas y ofensivas que no merecen el nombre de pensamiento. . . El pensamiento global sólo puede hacerle al planeta lo que le hace un satélite espacial: reducirlo, convertirlo en una burbuja.

Wendell Berry nos exige *pensar localmente*. Así haríamos las cosas mucho mejor de lo que las estamos haciendo ahora. Las preguntas y respuestas correctas en el plano local lo serán también en el global (Berry, 1990).

Iván Illich y sus amigos, por su parte, nos advierten que nuestra generación ha perdido sustento en el suelo y en la virtud.

Al hablar de virtud nos referimos a la forma, el orden y la dirección con las que actuamos, informados por la tradición, atados al lugar y calificados por las elecciones practicadas dentro de nuestro alcance habitual; nos referimos a prácticas mutuamente reconocidas como buenas dentro de una cultura local compartida que realizan los recuerdos de un lugar.

La modernización nos aisló de la simple mugre, del agobio, de la carne, del suelo, de la tumba. La economía

transforma a la gente en pequeños fragmentos intercambiables de población, regidos por las leyes de las escasez. . . Ofrecemos resistencia a los expertos ecológicos que predicán respeto a la ciencia, pero fomentan el desdén por la tradición

histórica, el sabor local y la virtud terrena, autolimitada. . . Nos fastidia el desdén por el suelo que observamos en el discurso que practican ecologistas de pizarrón. . . Lanzamos un llamado para constituir una filosofía del suelo: un análisis claro y disciplinado de la experiencia y el recuerdo del suelo sin los cuales ni la virtud ni una nueva forma de subsistencia podrían existir (Groeneveld *et al*, 1991).

No se trata de llamados abstractos, marginales o académicos, sino de expresiones muy concretas de lo que la gente en las comunidades de base *está haciendo*. Pueden ser vistos como descripciones de comportamientos generalizados, adoptados por mucha gente de los márgenes en medio de la llamada crisis. Sin embargo, son comportamientos constantemente expuestos a hostigamiento y represión. En realidad, los *estilos de vida más sensatos y morales, bien enraizados en diversas tradiciones culturales, que las gentes están promoviendo en sus comunidades, sólo podrán florecer y perdurar cuando se les deje de impedir que lo hagan; cuando no se les force a adoptar ideas y comportamientos ajenos, disolviendo sus propios sueños y formas de vida y destruyendo al mismo tiempo sus culturas y sus entornos; cuando sea posible proteger sus empeños actuales de afirmar sus propias definiciones de la buena vida, ajustadas a sus limitaciones lo mismo que a sus capacidades y potencialidades de transformación y firmemente arraigadas en su suelo.*

La nueva amenaza: el redesarrollo verde

Hacia 1985, ante la creciente frustración con el desarrollo que observaba en todas partes, me permití sugerir en un gran foro internacional que no habría una Cuarta Década para el Desarrollo: consideré que hasta el cinismo de la burocracia internacional tiene un límite. Me pareció que el futuro de los estudios del desarrollo se encontraba ya en su arqueología: examinar las ruinas que el experimento había dejado a su paso. Me equivoqué: estamos viviendo en la Cuarta Década; no hemos llegado aún al límite del cinismo. Pero el hecho de que la resolución respectiva haya sido aprobada en forma casi clandestina en las Naciones Unidas, porque nadie osó defenderla, y que el asunto se mantenga en cierto secreto vergonzante, porque nadie se anima hoy a festinarlo, ilustra el reconocimiento cada vez más general de que el desarrollo es un experimento que ha fracasado miserablemente, a la luz de la experiencia de las mayorías, y que incluso sus promotores, quienes derivan dignidad e ingresos de seguir propalando el mito, no tienen ya cara para hacerlo impune en cualquier parte.

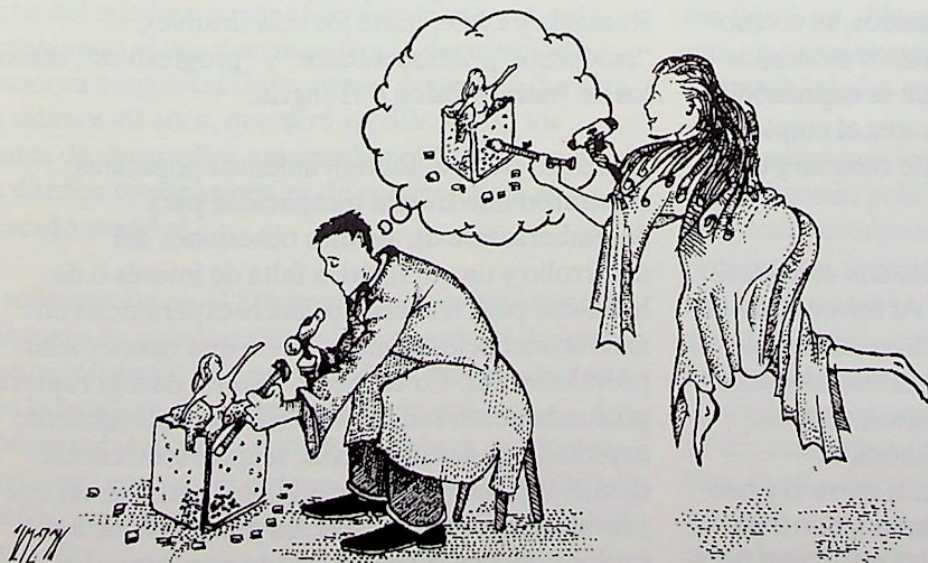
En 1985, en todo caso, muchos de nosotros empezamos a pensar que la era del posdesarrollo había comenzado. En 1989, Gilbert Rist nos invitó a caracterizarla: "No está bajo consideración la mera restauración del antiguo pasado —nos recordó—, no importa con cuánta gloria se le retenga en las memorias colectivas. . . Pero la continuación del camino actual del desarrollo es igualmente absurda."

Nuevos sueños, para escapar de la pesadilla, estaban en el orden del día. Y la gente empezaba de hecho a soñar esos sueños. A fin de liberarse de sus cadenas económicas, en medio de las turbulencias de la crisis, crearon nuevos ámbitos de comunidad en sus barrios, en sus vecindades, en sus pueblos, para poder vivir en sus propios términos.

En estos nuevos ámbitos de comunidad, desengranarse de la lógica económica de los mercados y planes nacionales se ha convertido a menudo en condición de supervivencia. En realidad, los llamados marginales están obligados, por las circunstancias que enfrentan, a confinar su interacción económica a las esferas *externas* a sus modos de vida. Después de experimentar lo que subsistir significa cuando se depende enteramente de la sociedad económica, están redescubriendo las ventajas y bendiciones de sus propios refugios. También están aprendiendo a regenerarlos. Para remediar el daño realizado por el desarrollo a sus vidas y sus entornos, soportan pesadas cargas y enfrentan grandes desafíos, pero también disfrutan oportunidades creativas y profundas satisfacciones. Para ellos, dismantelar las formas económicas de interacción dentro de sus modos de vida, manteniéndolas en el exterior, no significa, a menudo, sino abandonar ilusiones amenazantes:

— *Ilusiones que igualaban educación con diplomas.* Al aceptar la definición económica del aprendizaje, resintieron una dramática escasez de maestros y escuelas: su marginalización del sistema educativo.

Al reengranar ahora el aprendizaje en la cultura, han comenzado a disfrutar la opulencia de sus conocimientos y de las formas de enriquecerlos constantemente. Con una pequeña ayuda de sus amigos, que pueden compartir con ellos instrumentos de aprendizaje e informaciones y experiencias ajenas a su propia tradición, pueden sonreír sin angustia ante la crisis cada vez más aguda y marginalizante del sistema escolarizado.

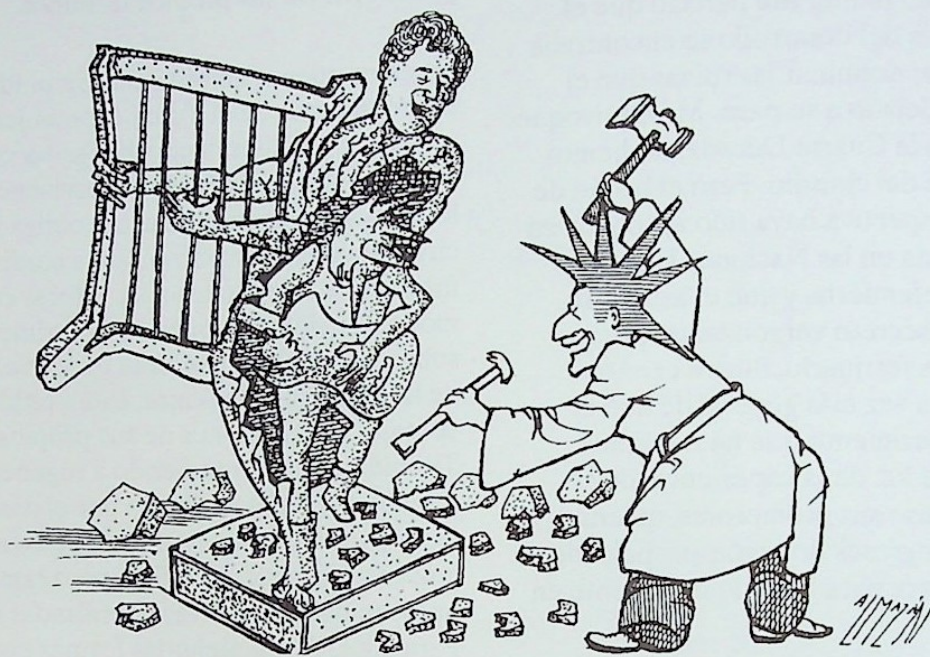


— *Ilusiones que igualaban la salud con la dependencia de servicios médicos.* Para ellos, para los marginales, el acceso a los médicos, los centros de salud, los hospitales, los medicamentos, fue siempre inadecuado. Mientras aceptaron, a menudo contra

sus convicciones, que la medicalización era condición indispensable para una existencia sana o al menos requisito para curarse, padecieron agudamente esas carencias. Ahora, tras recuperar la conciencia de que la salud no es otra cosa que la

habilidad autónoma de lidiar con las agresiones del ambiente, están regenerando sus propias capacidades de sanar. Aprovechan intensa y extensamente la sabiduría tradicional de sus curanderos y las capacidades curativas de sus entornos. Una pequeña ayuda de sus amigos sirve de complemento útil, cuando alguno de sus predicamentos de salud se haya fuera de sus recursos tradicionales. En esos términos, su acceso *restringido* a hospitales o medicamentos modernos no constituye una carencia, sino que es expresión de buen juicio, al autolimitar con sensatez el empleo de lo que sólo debe usarse como último recurso y en forma limitada.

— *Ilusiones que igualaban la comida con actividades técnicas de producción y consumo.* Al haber caído en una brutal dependencia del mercado o del Estado para subsistir, padecieron la insoportable carencia de ingresos para adquirir sus alimentos, es decir, sufrieron hambre y desnutrición. Ahora, al regenerar y enriquecer sus relaciones entre sí y con el medio ambiente, están aprendiendo a nutrir de nuevo sus vidas y sus tierras y a lidiar mejor con los



faltantes que aún los afectan. Abandonar las cosechas comerciales o librarse de la adicción al crédito o a los insumos industriales no se logra de un día para otro. Algunos otros cambios son aún más lentos y difíciles. Sin embargo, acciones como el

retorno al cultivo intercalado les ayudan a regenerar su tierra y su cultura, al tiempo que mejoran su nutrición.

Durante los años ochenta, los hombres y mujeres de los márgenes redescubrieron la fuerza, la riqueza y la vitalidad de sus propias empresas y

movimientos políticos. Amplias coaliciones de ciudadanos fueron capaces de sacudir o aún dismantelar toda suerte de regímenes políticos, en el Norte y en el Sur, con imaginación sociológica y vigor político sorprendentes. Uno tras otro, docenas de regímenes políticos fueron dismantelados o reformulados, desde los más despóticos, atrincherados, rígidos y dinosaurios, como los de Rumania y Chile, hasta los más flexibles, "modernos", "democráticos" y "progresivos", como los de India, México o Hungría.

Al mismo tiempo, los movimientos populares mostraron una trágica incapacidad para desembarazarse de algunas obsesiones del desarrollo y una dramática falta de interés o de habilidad para traducir sus microexperiencias en macroconcepciones alternativas que oponer a las prevalecientes. En el propio umbral de una ruptura profundamente radical, implícita o explícitamente expresada en sus iniciativas, se quedaron cortos, dieron algunos pasos hacia atrás y permitieron que prevalecieran de nuevo viejos puntos de vista y estilos políticos. El vacío creado por estas

limitaciones fue inmediatamente ocupado por una nueva ola de desarrollistas, listos a dar al desarrollo una nueva oportunidad.

El renovado *ethos* desarrollista que ha emergido en los años noventa sigue dos líneas claramente distinguibles. En el Norte, la palabra “maldesarrollo” está encontrando un uso nuevo e inesperado. Europa busca una nueva configuración. Estados Unidos requiere “servicio general”. Japón acelera su apertura a Occidente. Lo que parece requerirse es *redesarrollar*, es decir, desarrollar de nuevo lo que está mal desarrollado o se ha vuelto obsoleto. En los Estados Unidos y Rusia, en España como en Suiza, Inglaterra, Polonia y Hungría, la atención pública está concentrada en la velocidad y las condiciones bajo las cuales lo que estaba previamente “desarrollado” (la medicina socializada, las plantas y los armamentos nucleares, la producción de acero o de automóviles, las manufacturas sin *microchips*, las fábricas contaminantes o los plaguicidas venenosos) deben ser destruidos, desmantelados, exportados o sustituidos.

En el Sur, el redesarrollo tiene un signo diferente. Exige también dismantelar o destruir lo que quedó tras el “proceso de ajuste” de los años ochenta, a fin de hacer lugar para la importación de los sobrantes que se traerán del Norte (desechos atómicos, plantas obsoletas o contaminantes, mercancías invendibles o prohibidas. . .) y para las maquiladoras, esas seudofábricas fragmentarias y provisionales que el Norte mantendrá en operación durante el periodo de transición. La obsesión con la competitividad, a partir del miedo a quedar fuera de la carrera, está fomentando el desplazamiento y la destrucción de secciones completas de lo que se desarrolló durante los últimos 40 años, que será sacrificado en los altares de desarrollos apropiadamente insertos en los diseños transnacionales de concurrencia al mercado mundial.

El redesarrollo en el Sur implicará inevitablemente el intento de colonizar económicamente el llamado “sector informal”. En nombre de la modernización y bajo la bandera de guerras contra la pobreza (enderezadas siempre contra los pobres, no contra la pobreza misma), el redesarrollo lanzará el último y definitivo asalto contra la resistencia organizada al desarrollo.

Dadas las modas actuales, todas las formas de redesarrollo estarán coloreadas de verde. La creciente preocupación por la destrucción ecológica, que originalmente incluía una crítica radical de la sociedad industrial, ha sido progresivamente reciclada, nulificando o revirtiendo muchas iniciativas verdes. En nombre de un “futuro común” razonablemente verde, se fomentan promociones de “desarrollo sostenible”. Conforme al patrón de todas las instituciones modernas, la ecología opera cada vez más como una cubierta cosmética que protege —en vez de prevenir— la continuación de los procesos dañinos contra los cuales se dirigía originalmente. Todos los peatones de la ciudad de México pueden admirar ahora “paisajes ecológicos” pintados en los camiones altamente contaminantes que se mantienen en circulación.

Nuevo debate, nuevos movimientos políticos

El *redesarrollo verde* puede ser sometido a dos clases de límites: las “*imposibilidades estructurales*” y los *controles políticos*. La gente de los márgenes cuenta con ambos.

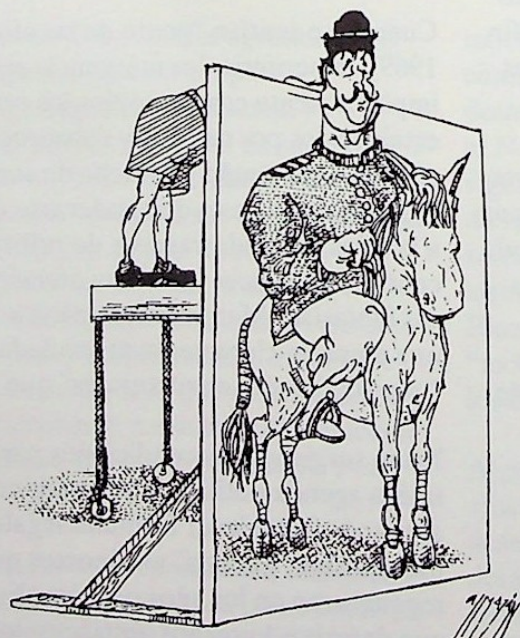
Cuando se sentían “gente de las afueras” (Paz, 1969), la periferia, los márgenes, aceptaban implícitamente como propios los *centros* establecidos por otros —y consecuentemente aceptaban el sueño y la lucha de ser *incluidos* en esos centros y hasta de apoderarse de ellos. Gracias a la crisis, han sido capaces de reformular nuevos centros, que ahora atraen su atención tanto como sus fantasías. Marginalizar en ellos la economía es una empresa claramente estimulada por las “imposibilidades estructurales” que prevalecen.

Están surgiendo las condiciones para formular una nueva agenda política. Los “marginales” buscan, ante todo, establecer fórmulas legales y políticas que protejan los “guettos” autónomos que crearon y regeneraron en los años ochenta. En vez de permitir que derechos humanos abstractos los unan aún más firmemente al *ethos* del desarrollo, se plantean ahora formular una nueva carta de libertades, capaz de dar sustento a sus nuevos ámbitos de comunidad. Para ese fin, en vez de la “participación popular” que buscaron en los años setenta y ochenta, están extendiendo coaliciones ciudadanas efímeras o

temáticas que amplíen su capacidad defensiva y el impacto público de sus iniciativas. Tales coaliciones constituyen una reacción fresca a la ideología paralizante y a la burocracia corrupta de las "organizaciones de masas". Están rechazando activamente la afiliación individual y abstracta, que tiende a disolver a las comunidades y desalienta formas genuinas de participación política y afirman, en cambio, patrones tradicionales de organización y participación notablemente renovados y actualizados.

Las nuevas iniciativas populares configuran un estilo político que amplía la dignidad de cada persona y de cada relación humana. Este estilo cuestiona y subvierte cada vez más a los diversos regímenes políticos establecidos. Es un estilo que implícitamente denuncia el progreso como una fe peligrosa, sin fundamento teórico, histórico o político.

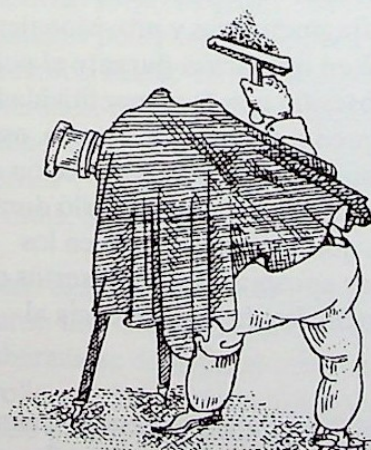
Mucha gente en los márgenes considera que ha llegado el momento de enterrar los mitos coloniales: nacidos de la evangelización, expandidos a través de la conquista violenta y la dominación, y finalmente expresados en la última frontera de la arrogancia, la invención del subdesarrollo. En realidad, parece llegado el momento de escuchar a las comunidades de base, donde los hombres y mujeres están labrando nuevos mitos y fantasías. Los años noventa pueden transformar sus sueños en la pesadilla del *redesarrollo verde* o bien, acaso, pueden darles una oportunidad de subsistir y florecer. En los años próximos, las iniciativas populares abrirán un debate para la constitución de un



discurso alternativo: el discurso de la gente. La justicia y la virtud estarán en el centro de tal discurso: justicia real, que emerja de la comunidad, en la tradición clásica, más allá de Trotsky y Nietzsche (McIntyre, 1981) y virtud auténtica, enraizada en el suelo, en el lugar, en el espacio social localizado donde hombres y mujeres reales viven y mueren (Groeneveld, *et al.*, 1991).

Para la creación de ese nuevo discurso, toda una red de percepciones, "verdades" y vacas sagradas tendrá que ser demolida. El debate seguirá, quizás, las líneas generales que esbozo en seguida, al presentar ciertas sospechas, esperanzas y premoniciones que creo advertir entre las comunidades de base.

La *igualdad* es una de las más respetadas vacas sagradas de la vida moderna. Parece representar una aspiración universal y legítima. Desafiarla abiertamente ha llegado a ser políticamente inviable, moralmente inaceptable y prácticamente irrelevante. Y sin embargo, las iniciativas populares están denunciando en la actualidad el carácter reaccionario de esta reivindicación, cuya implementación violenta sigue destruyendo gentes y



culturas en todas partes del mundo. Como lema político, la igualdad carece de fundamento teórico o empírico. La amplia diversidad y radical heterogeneidad de las gentes y las culturas sufre una reducción inaceptable en un mundo que postula la homogeneidad de su igualdad. Desde luego, una clara toma de posición contra la noción misma de igualdad debe ser explícitamente acompañada de una toma paralela de posición contra todas las demás formas de privilegio y licencia establecidas en

las sociedades modernas o en las tradicionales. Lo que necesita hacerse evidente es la falta de legitimidad de la jerarquía inherente a toda sociedad de “iguales”, a fin de abrir un debate sobre esquemas alternativos de orden social, que no sean fuente de injusticia, licencia o arbitrariedad y se encuentren culturalmente fundados y basados en el reconocimiento social personalizado. Esta es, precisamente, la agenda de movimientos sociales e iniciativas populares que están logrando ir más allá de la “participación popular” —una de las frases y emblemas que más típicamente se han empleado para expresar el prejuicio de la igualdad.

La consagración final de la *democracia* como derecho humano universal y régimen político mundial coincide con el deterioro manifiesto de los ideales que han inspirado esta fórmula de organización social. Sabemos ya que la sociedad económica moderna, sociedad de masas de individuos homogeneizados, no puede ser gobernada *por* la gente. Pero el reconocimiento explícito de esta situación y la sustitución de aquel ideal por diferentes fórmulas de gobiernos *representativos* no ha suscitado una exploración pertinente de alternativas. Desplazar la economía del centro de la vida política, a fin de descolonizar la política y la ética; reducir al mínimo las estructuras centralizadas en que la “democracia representativa” tiene todavía un papel que desempeñar, ampliando al mismo tiempo las estructuras descentralizadas en que otras formas de gobierno prevalecerán; derivar las lecciones pertinentes de la crítica del crecimiento económico (para legitimar una tasa negativa de evolución de la economía como meta social deseable); dismantelar el dominio prevaleciente de la ciencia “para el pueblo” y las profesiones inhabilitantes, propiciando así el florecimiento de otros sistemas de conocimiento y de otras formas de su ejercicio. . . ; todos estos son componentes entrelazados de una agenda política que moldea actualmente las iniciativas populares en América Latina y en otras partes. Para que florezcan, necesita formularse un nuevo discurso: ese es el primer punto de la agenda.

Por otra parte, la ciencia *por* el pueblo; el florecimiento del dominio vernáculo; la coexistencia convival de hombres y mujeres diferenciados y de sus organizaciones; la subordinación de la economía a la política y a la ética; el dismantelamiento

organizado de las instituciones económicas y políticas asociadas con el desarrollo, la igualdad, la democracia y los sistemas centralizados de conocimiento/poder; y la protección legal y política de los espacios locales autónomos, libremente gobernados por la gente en sus nuevos ámbitos de comunidad, son esperanzas, sueños y ejercicios limitados y tímidos que están apareciendo en el horizonte de una era que ya empezó •

APÉNDICE

El mito de la deuda externa

La deuda es real, en el sentido de que América Latina “debe” a otros países unos 400 mil millones de dólares. Pero se ha construido artificial y manipuladoramente un mito sobre su *origen*, lo mismo que sobre su *significado* y sus *consecuencias* (su impacto real sobre la situación de los latinoamericanos).

El origen de la deuda

La corrupción, burocratismo e ineficiencia de los gobiernos latinoamericanos es un dato de la realidad, construido en nuestra conciencia a partir de la experiencia y divulgado, dentro y fuera de nuestros países, con frecuente exageración. No fue difícil, por ende, atribuir la existencia de la deuda a la mala administración. Así lo hizo Prebisch, por ejemplo, para quien la deuda se originó en “una alianza espuria entre los bancos y los gobiernos”, “una convergencia de irresponsabilidades”, “una irresponsabilidad compartida”, “una conjugada irresponsabilidad”, etc. (citado en Jaime Estay Reyno, *La concepción general y los análisis sobre la deuda externa de Raúl Prebisch*, México, Siglo XXI, 1990). Sin embargo, aunque la administración gubernamental ha sido en nuestros países realmente mala, malísima, no parece haber influido mayormente en la constitución de la deuda, cuya lógica de generación obedece a reglas *ajenas*, en lo fundamental, a ese aspecto de la realidad latinoamericana.

Entre 1950 y 1969 la balanza comercial latinoamericana fue equilibrada o positiva. No necesitaba recursos del exterior y en rigor no los recibió. Su endeudamiento, que comenzó en este

periodo, no se debió a sus déficit sino a la *necesidad de financiar las remesas de utilidades de las empresas extranjeras*, que ascendieron a 64 874 millones de dólares entre 1950 y 1983. Para eso es para lo que no alcanzaban los excedentes latinoamericanos —para eso y no, como se ha sostenido, para “financiar el crecimiento económico”. La “inversión” contabilizada de esas empresas representó en el periodo 54 590 millones de dólares, o sea, 10 mil millones menos que las utilidades remitidas. Y sólo 15% de esas “inversiones” se basaron en transferencias reales de recursos desde el extranjero. El 85% restante fue financiado con recursos internos que sufrieron una mutación en “inversión extranjera” a través de una variedad de mecanismos, muchos de ellos asociados con la herencia colonial y casi todos de dudosa legitimidad.

Los intereses de la deuda así contraída fueron pagados con nuevos préstamos, hasta que en 1972 la cuenta de intereses llegó a ser mayor que la cuenta de remesas de utilidades. Tras el “choque petrolero”, a partir de 1974, se generó un saldo negativo en la balanza comercial latinoamericana que representó, hasta 1982, unos 60 mil millones de dólares. En este lapso se registró formalmente una transferencia de recursos del Norte al Sur, aunque en realidad se trataba de un movimiento Sur-Sur, puesto que estaba constituido, en lo fundamental, por los excedentes financieros de los países del

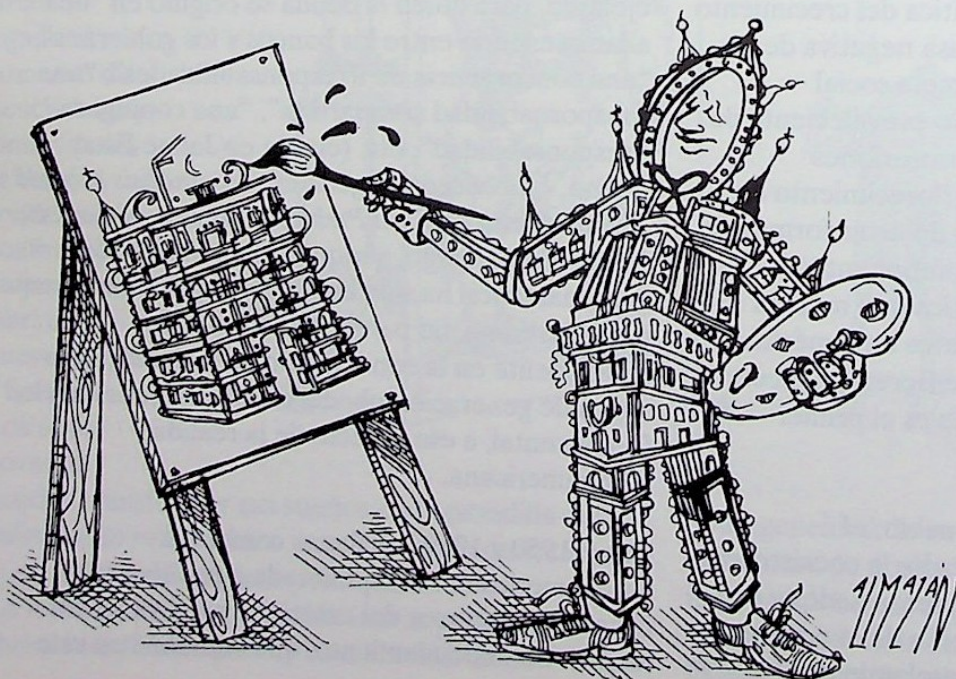
Medio Oriente, que llegaron a la América Latina a través de los bancos europeos o norteamericanos. En todo este periodo, *la deuda no aumentó por los créditos*. Fue al revés. *Se dieron créditos porque la deuda aumentó*

A partir de 1982, la deuda empezó a “hacerse efectiva”, a cobrarse: fue el momento en que el gobierno mexicano planteó su “problema de caja”, su imposibilidad de efectuar esos pagos. En los siguientes cinco años, América Latina “pagó” intereses por unos 200 mil millones de dólares. Alrededor de 110 mil millones provinieron de transferencia neta, real, fruto de un saldo positivo de la balanza comercial latinoamericana. Como ha subrayado Hinkelammert, esto implica que en este periodo América Latina canalizó a los países del Norte, cada tres años, un monto equivalente al del total de recursos del Plan Marshall. La deuda aumentó, además, en otros 100 mil millones: nueva deuda, para cubrir los intereses que no pudieron pagarse con mercancías. La parte de los saldos positivos de la balanza comercial que se transfiere a los países del Norte se ha estabilizado en estos años en el nivel del 20 al 30 por ciento. El resto se mantiene disponible para poder continuar las importaciones.

En suma, *el endeudamiento no se formó a partir de los déficit comerciales latinoamericanos ni “para financiar el crecimiento de su economía”*. Entre 1950 y 1986, las exportaciones de la región fueron superiores a las importaciones en unos 60 mil millones de dólares. El endeudamiento se formó a partir de la cuenta de capital, para poder financiar las remesas de utilidades de empresas extranjeras y la “fuga de capitales” —ese otro mecanismo empleado para transformar los ahorros latinoamericanos en financiamiento de los países del Norte.

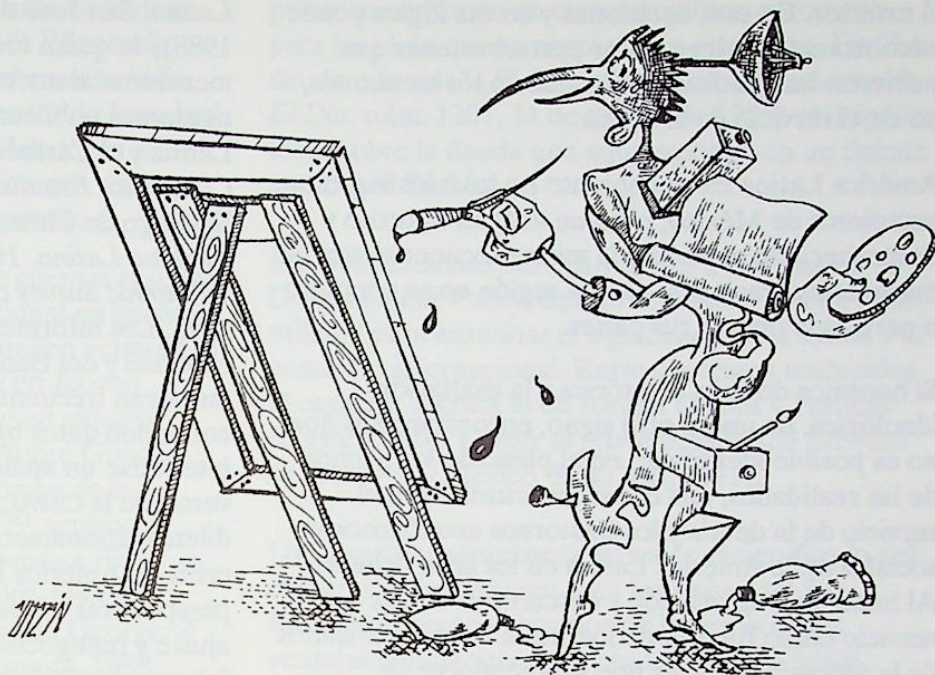
El impacto de la deuda

Para la sabiduría convencional, el servicio de



la deuda durante los últimos diez años —el periodo en que se ha procedido realmente a pagarla —ha sofocado el crecimiento económico de América Latina y ha impuesto inmensos sacrificios a la población. Según unos, ese precio económico y social era no sólo necesario sino inevitable, a fin de realizar un “ajuste” impostergable en la organización de la economía y la sociedad de la región. Según otros, tal precio resultó excesivo y hubiera podido evitarse si se hubiesen tomado a tiempo las medidas que aconsejaban: moratoria o cancelación de la deuda, o al menos limitación

estricta del servicio (a la manera de Alán García). En realidad, sólo es posible establecer una relación de causa a efecto entre el servicio de la deuda y las condiciones de la economía y la sociedad en América Latina durante los últimos diez años en el sentido de que la deuda sirvió de *pretexto* o de cortina de humo para imponer políticas e implementar acciones que resultaron determinantes de lo ocurrido. El caso de México ilustra este punto con claridad. Sus *ganancias* petroleras de divisas —los excedentes financieros en divisas, una vez cubiertos los costos de producción del petróleo exportado— fueron suficientes, en todo el periodo, para cubrir el servicio de la deuda. Estas ganancias se gestaron por factores ajenos al país y no formaban parte de sus condiciones de existencia hasta fines de los años setenta, cuando estaba importando ciertos volúmenes de petróleo, pues a los precios prevalecientes no le convenía explotar adicionalmente sus yacimientos. En los años ochenta, las ganancias así obtenidas sirvieron financieramente como un colchón en relación con el servicio de la deuda, pues por su monto eran capaces de amortiguar su impacto sobre las condiciones de vida de los mexicanos hasta el punto de hacerlo virtualmente insignificante. Cabe argumentar, con razón, que los mexicanos perdieron una gloriosa oportunidad de mejoría, al verse obligados a emplear esas fabulosas ganancias en el



pago de sus deudas. Y es un buen argumento.

Aunque es bueno, también, el que contraargumenta diciendo que esas ganancias fueron en parte posibles por la propia deuda, que permitió financiar el rápido crecimiento de la producción de petróleo.

En agosto de 1982, meses después de la caída en los precios del petróleo, el gobierno mexicano enfrentó un auténtico “problema de caja” —como dijo en ese momento su Secretario de Hacienda. No confesó que ese problema se debía a su imprevisión, a la arrogancia que había estado manifestando el gobierno dentro y fuera del país en relación con la deuda y el petróleo, pero formuló correctamente la *naturaleza* del problema que se enfrentaba en ese momento. Por ser esa la naturaleza del problema, fue posible resolverlo rápida y fácilmente en las siguientes semanas. Unos meses después, sin embargo, bajo una nueva administración, el *diagnóstico* del problema sufrió una mutación radical y la campaña organizada a partir de esa nueva definición modificó profundamente la percepción colectiva. En nombre de la deuda, se implementó una política “de ajuste” que dismanteló buena parte del aparato productivo, liquidó lo que las clases medias consideraban sus avances de cuatro décadas “de desarrollo” y preparó a la sociedad para una forma de inserción en la economía mundial que prolongara la continua transferencia de excedentes

al exterior. En esas decisiones y en esa lógica puede encontrarse el origen de las perturbaciones que sufrieron las condiciones de vida de los mexicanos, no en el servicio de la deuda.

América Latina en su conjunto no tuvo los ingresos petroleros de México, pero un análisis riguroso y desprejuiciado mostraría la misma secuencia, con las mismas implicaciones, para la región en su conjunto o para cada uno de sus países.

Si hacemos de lado la retórica y la exaltación ideológica, de uno u otro signo, encontraremos que no es posible identificar, en el plano de los hechos, de las realidades, una *conexión causal* entre el servicio de la deuda y los trastornos económicos y sociales de la América Latina en los años ochenta. Al hacer esta afirmación y descartar la deuda o su servicio como fuentes de los males latinoamericanos de la última década, es preciso reconocer sin reservas que dedicar al servicio de la deuda entre la tercera y la quinta parte de los ingresos por exportaciones es una carga pesada para cualquier sociedad. Sin embargo, cumplir esta discutible obligación (la de pagar una deuda evidentemente ilegítima) podría tener un significado enteramente distinto en una sociedad que se planteara, seria y serenamente, conquistar una tasa negativa de crecimiento económico, reducir a niveles razonables —bastante marginales— sus compras y ventas en el exterior y eliminar cualquier forma de “ayuda externa”, en función de una agenda política cuyos principios efectivos e insoslayables fueran la libertad, la justicia y el respeto a las autonomías locales y regionales.

Pistas bibliográficas

El examen cuantitativo del tema de la deuda se ha convertido en una auténtica pesadilla. A la confusión teórica y conceptual se agrega hoy un creciente enredo estadístico. Una y otro son de tal naturaleza que no es excesivo considerarlas intencionales: están al servicio de la campaña destinada a encubrir la situación real y los motivos y sentidos de la política aplicada.

En todo caso, puede tomarse como referencia para un examen alternativo del asunto la información “oficial” sobre la región, la que produce la Comisión Económica para América Latina, la CEPAL. Franz Hinkelammert (*La deuda externa de América*

Latina, San José de Costa Rica: Editorial Dei, 1988), de quien tomé algunas de las cifras mencionadas arriba, hizo sus cálculos con base en las siguientes publicaciones de la CEPAL: “América Latina y el Caribe: Balance de Pagos 1950-1984”, *Cuadernos Estadísticos de la CEPAL*, núm. 10, Santiago de Chile, 1986; *Panorama económico de América Latina*, 1986, Santiago de Chile, 1986; y *Economic Survey of Latin America*, 1970, New York, 1972. Los informes anuales de la CEPAL, del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo muestran frecuentemente diferencias entre sí pero contienen datos básicos a partir de los cuales puede intentarse un análisis riguroso. También pueden verse, de la CEPAL, “Deuda, crisis y renegociación: el dilema latinoamericano”, 28 de agosto de 1983; “La crisis en América Latina: su evaluación y perspectivas”, 9 de febrero de 1984; “Políticas de ajuste y renegociación de la deuda externa”, 21 de febrero de 1984; “Crisis y desarrollo: presente y futuro de América Latina y el Caribe”, 27 de abril de 1985; “El problema de la deuda: gestación, desarrollo, crisis y perspectivas”, 27 de enero de 1988; “El desarrollo de América Latina y el Caribe: escollos, requisitos y opciones”, 18 de noviembre de 1986; “Rescate y conversión de la deuda externa”, 27 de octubre de 1988. Y del BID: *La deuda externa y el desarrollo económico de América Latina*, Washington, enero de 1984.



Para la visión convencional de la deuda, todavía es útil el libro coordinado por Miguel S. Wionczek, *Endeudamiento externo de los países en desarrollo*, México, El Colegio de México y Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo. El libro de Estay Reyno, citado arriba, analiza con rigor el pensamiento de la CEPAL sobre el asunto.

Visiones alternativas, que a final de cuentas resultan variantes del pensamiento convencional en cuanto a las causas e impacto de la deuda, pueden verse en el libro de Hinkelammert, ya citado, y en Jacobo Schatan, *Deuda externa y desarrollo: un enfoque heterodoxo*, México, *El Día*, 1985; André Gunder Frank, "¿Es posible desactivar la bomba de la deuda?", en *Nueva Sociedad*, núm. 79, sept/oct., 1985; Regino Díaz Redondo (entrevista a Fidel Castro), *Endeudamiento y subversión: América Latina*, México, Grijalbo, 1985; y Susan George, *A Fate Worse Than Debt*, Londres, Penguin, 1988.

The Development Dictionary, A Guide to Knowledge as Power, editado por Wolfgang Sachs (Londres, Zed Books, 1991) contiene 19 ensayos que redactan con rigor el obituario de la era del desarrollo. En él

puede encontrarse un marco analítico apropiado para las ideas que se expresan en este texto. En "La deuda o la vida" (*El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*, núm. 1207, 11 de agosto de 1985) anticipé las ideas sobre la deuda que aquí expongo en un debate con David Barkin.

Las publicaciones del Institute for Food and Development Policy, de San Francisco, son de gran utilidad para examinar el significado de la ayuda y el comercio internacional. Entre sus textos traducidos al español, destaca el de Joseph Collins y Frances Moore Lappé, *Comer es primero: más allá del mito de la escasez* (México, Siglo XXI, 1975).

Un argumento fundamental sobre el significado del comercio internacional para los países del Sur, formulado desde el interior de la teoría de las ventajas comparativas, se encuentra en Arghiri Emmanuel, *El intercambio desigual* (México, Siglo XXI, 1978). Véase también Samir Amin, *La acumulación a escala mundial* (México, Siglo XXI, 1974) y los textos de Immanuel Wallerstein y André Gunder Frank •

Referencias

- ARNDT, H.W., *The Rise and Fall of Economic Growth: A study in Contemporary Thought*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1978.
- BERRY, Wendell, 1990, "Con los pies en la tierra", en *Opciones*, México, núm. 5, 20 de marzo de 1992.
- ESTEVA, Gustavo, 1980a, "Los tradifas o el fin de la marginación", en *El Trimestre Económico*, L (2), 198, abril-junio de 1983.
- , 1980b, *Los tradifas: un ensayo crítico del discurso ideológico de la marginalidad*, vol.2, Fondo de Cultura Campesina (ed.), *Educación y capacitación para el sector informal urbano y rural*, México, INEA, 1983.
- , "Regenerating People's Space", Saul Mendlovitz y R.B.J. Walker, *Toward a Just World Peace: Perspectives from Social Movements*, Londres, Butterworths, 1987.
- , "Entrevista", en David Cayley (ed.), *The Informal Economy*, Toronto, CBC Ideas Transcripts, 1990.
- , "Development", W. Sachs (ed.), *The Development Dictionary, A Guide o of Knowledge as Power*, Londres, Zed Books, 1991.
- , "Bringing the Margins to the Center", en *Interculture*, Montreal, Intercultural Institute of Montreal, 1992.
- GATTO, John, 1991, "Por qué las escuelas no educan", en *Opciones*, México, núm. 2, 7 de febrero de 1992.
- GROENEVELD, et al., 1991, "La declaración de Hebenshausen: Sobre el suelo", en *Opciones*, México, núm. 3, 21 de febrero de 1992.
- ILLICH, Iván, 1982, *El género vernáculo*, México, Mortiz, 1991.
- MACINTYRE, Alasdair, 1981, *After Virtue*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1981.
- NANDY, Ashis, *The Intimate Enemy. Loss and Recovery of Self Under Colonialism*, Nueva York, Oxford University Press, 1983.
- PANIKKAR, Raimón, "Alternative a la culture moderne", en *Interculture*, Montreal, Intercultural Institute of Montreal, 1982.
- , "Religious Pluralism: The Metaphysical Challenge", en *Religious Pluralism*, Boston, v, 1984.
- , "The Pluralism of Truth", en *World Faiths Insight.*, Nueva York y Londres, XXVI, Oct. 1990.
- PAZ, Octavio, *Corriente alterna*, México, Mortiz, 1969.
- RIST, Gilbert, "Toward a Postdevelopment Age?", en *Mecanog*, 1989.